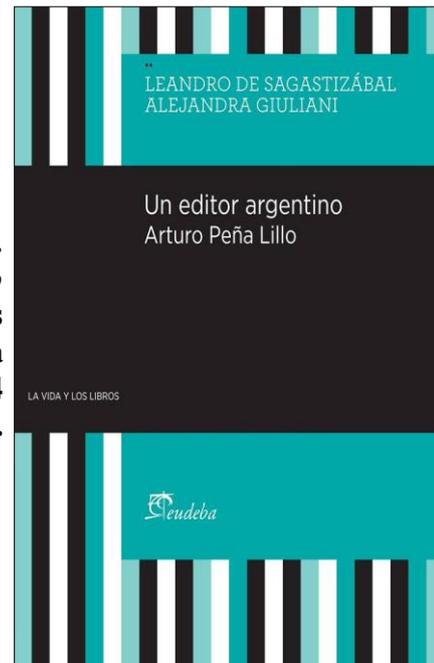




Leandro de Sagastizábal y Alejandra Giuliani.
Un editor argentino: Arturo Peña Lillo
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Eudeba
2014
176 pp.



Valeria B. Toamaino¹

Recibido: 17/07/2015
Aceptado: 08/08/2015

Estructurado en cuatro capítulos que señalan las etapas más significativas en la vida profesional de Arturo Peña Lillo y los distintos proyectos editoriales, por él concebidos y liderados, este libro constituye un análisis exhaustivo y complejo de la lógica editorial de este chileno nativo y argentino por elección.

Ya desde el primer capítulo “Los primeros años (1952-1959) ALPE y la Historia de la Argentina de Ernesto Palacio” los autores presentan a un Peña Lillo comprometido en colaborar con la creación de un pensamiento nacional soberano, con un ejercicio de la

militancia desde la publicación, en el que privilegió obras de autores argentinos y latinoamericanos muchas veces marginales de ese momento con una clara intención de diferenciarse de las demás editoriales de la época que se orientaban principalmente hacia los autores europeos y, por tanto, a las traducciones. En sus propias palabras podemos decir que “Arturo Peña Lillo siempre consideró *Historia de la Argentina* de Peña Lillo su libro fundacional, el que condensó sentidos que serían sus ejes de edición de allí en más...” (37). Luego de un breve lapso en la Editorial Peña-Del Giudice, con la compañía del historiador Gregorio Weinberg Peña Lillo funda, en 1953, el

¹ Licenciada en Bibliotecología y Documentación (UNMdP). Contacto: vtomain@mdp.edu.ar

proyecto editorial ALPE. Desde allí y con un calculado plan de trabajo publicó *Historia de la Argentina 1515-1938* de Ernesto Palacio, un autor nacionalista y perteneciente a la corriente del Revisionismo Histórico. Esta obra fue un hito que marcó un antes y un después en la carrera de Lillo; la decisión de tomar este riesgo que le pudo haber costado su prestigio profesional nos acerca a sus ideales y a su dimensión emprendedora.

En el segundo capítulo, “La Siringa”, los autores identifican en Lillo un modelo editorial basado en tres criterios: la cuidada selección de autores, la calidad de los textos y precios de venta accesibles. Resaltan además el hecho de que editó obras que estudiaban el peronismo durante el peronismo. Y esto no era algo común. Su idea a este respecto fue la posibilidad de publicar a autores locales “excluidos de los espacios intelectuales prestigiosos” y no precisamente oficialistas.

El proyecto ALPE finalizó en 1956 –aunque ocasionalmente editó luego algunos títulos– para dar lugar, unos años después, a una nueva iniciativa: *La Siringa*, colección que fue articulando identidades dispersas y heterogéneas, dentro de un horizonte de discursos revisionistas, marxistas, nacionalista popular y peronista (54), haciendo confluir a los distintos actores y sentidos de la ideología política y social del peronismo de izquierda de la década del 70. En el marco de la caída del peronismo y del surgimiento de la Revolución Libertadora apareció esta colección (1959-1966), que en la mirada de los autores, muestra a un Peña Lillo autodefinido como “el editor de los nacionales”, frente a otras editoriales decididamente antiperonistas, y estre-

chamente relacionado con Arturo Jauretche y Abelardo Ramos.

Sagastizábal y Giuliani lo retratan aquí ocupado en presentar un catálogo que respondiera a los amplios espacios intelectuales y políticos del momento, que buscaba minimizar la barrera existente entre textos académicos y de divulgación, proactivo e interesado en participar de la conformación de una soberanía de pensamiento a través de la selección de obras que respondían a los siguientes “nudos conceptuales: el antiimperialismo, el revisionismo histórico, el gobierno peronista y el pueblo/la clase obrera”, publicando, por ejemplo, *Del anarquismo al peronismo: Historia del movimiento obrero argentino* de Alberto Belloni, único título hasta el momento que versaba sobre el movimiento obrero y que se convirtió en una obra referencial al respecto. Entre la segunda mitad de los 60 y principios de la década del 70 Lillo editó los que serían la segunda generación de autores paradigmáticos de la izquierda peronista, representados en Ortega Peña y Duhalde. Se resalta además aquí el rol de *La Siringa* como herramienta de formación política para los jóvenes lectores de la época. Presentan especialmente el caso de Gustavo Rearte, fundador de la Juventud Peronista, militante de la resistencia y preso político. Dado que los autores que publicaron en la colección *La Siringa* no pertenecían todos a la misma ideología, ni al mismo partido político, no podemos hablar, por lo menos hasta 1973, de una editorial convertida en un “brazo político” de ningún partido político del momento. Como bien afirman los autores, los libros de esta colección “traspasaron con creces los

ámbitos intelectuales del peronismo de izquierda” (52).

Una particularidad que destacan los autores reside en las decisiones tomadas por Lillo en cuanto a la estética de la colección: resigna la calidad pero no su contenido; las publicaciones de *La Siringa* fueron consideradas por Horacio González como “*libros de trinchera*”, obras creadas para la difusión del conocimiento, para el debate, para la construcción de las ideas. Por otro lado, y haciendo referencia a la obra *El encantador de serpientes*, escrita por el propio Peña Lillo, Sagastizábal y Giuliani muestran a un autor comprometido que consideraba a algunos de sus colegas como “colonizadores pedagógicos”. Al cierre de este capítulo queda claramente explicitado lo relevante de la colección *La Siringa* en la historia cultural y política de nuestro país, por sus constantes reediciones, por su presencia en la Universidad (constatada por la representación de los títulos de la colección en las bibliografías de las asignaturas) y por su rol en el ejercicio de la lectura como forma de militancia y resistencia.

En el tercer capítulo, “A. Peña Lillo, editor (1966-1976). Tiempos de expansión y Alcances y límites del proyecto editorial”, los autores caracterizan *La Siringa* como el trampolín que utilizó Peña Lillo para lanzarse a un proyecto industrial más complejo; pese al inicio de la dictadura de Onganía en 1966 su producción pudo sobrepasar los límites establecidos por el régimen y publicar, entre otros títulos, *El medio pelo en la sociedad argentina* de Arturo Jauretche y *Los caudillos* de Félix Luna, y sostener así una coherencia ideológica. *El medio pelo* produjo un revuelo en el ámbito académico que, claramente, no se vio reflejado en las

revistas que dedicaban espacio a las reseñas y a la crítica literaria como “Primera Plana”.

También, los autores refieren a la creación de las colecciones *Ciencia y Técnica* e *Historia*. Además, como editor abierto a las búsquedas y a las nuevas experiencias que demostró ser, en 1966 editó el Boletín de la Academia Argentina del Lunfardo y desde 1969 comenzó a publicar títulos relacionados con oficios. 1970 encuentra a un Peña Lillo consolidado como empresario y se puede entrever una disminución en el carácter vanguardista de la editorial, aunque continúa con su militancia política y acompaña el “proceso de politización” que caracterizó estos años, contribuyendo a la formación del pensamiento latinoamericano a través de sus trabajos, incluso mediante la publicación de la Revista *Cuestionario* (1973-1976).

En el marco de las políticas editoriales es posible notar un reagrupamiento de los títulos en la colección *El ensayo Americano* y en la emblemática colección *Biblioteca de estudios americanos*, creada en 1954 y editada por ALPE y cerrada en 1977. En este lapso, y a diferencia de lo ocurrido en la década del ‘60, los libros editados por Arturo Peña Lillo comenzaron a ser presentados en las revistas culturales de la época como fueron la Revistas *Crisis* y *Envido*.

Ya en el último capítulo, *La empresa del editor*, los autores analizan el catálogo editorial “en sus lógicas internas y en sus vínculos con los procesos políticos y culturales” (135) poniendo nuevamente en primer plano la finalidad militante que sostuvo Peña Lillo a lo largo de su carrera. Nos presentan *A. Peña Lillo* como una empresa familiar; de hecho, su propia

hija Laura Peña trabajaba en el área de producción de la editorial, lo que le daba una organización particular y vínculo diferente con los autores. El Golpe de Estado del '76 ya no le permitió continuar con su proyecto editorial: ya no era posible militar, ya no era posible expresarse a través de ninguna experiencia. En 1979 vendió la empresa pero eso no hizo que nuestro protagonista se alejara del mundo de los libros.

Peña Lillo fue un conocedor del campo editorial, lo abordó en todos sus aspectos puesto que había comenzado como maquinista gráfico, oficio que lo forjó también en el gremialismo. Sus propias vivencias lo llevaron a concebir su proyecto y a dotarlo de una impronta única motivada en sus convicciones y coherente con ellas en todo su devenir. *Un editor argentino: Arturo Peña Lillo* nos permite conocer a fondo la historia de este hacedor, tanto en su evolución en el mundo de la industria editorial, como en cuanto a su presencia y relevancia en la construcción de la identidad cultural y política argentina, con lo que se constituye en un trabajo minucioso y detallado de estos destacados investigadores de la Universidad Nacional de Buenos Aires.